

LOS BAÑOS EN BIZANCIO: ARQUITECTURA, MEDICINA Y LITERATURA

Penélope Stavrianopulu Boyatzí
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

El presente artículo analiza la importancia del agua en el mundo bizantino en general y se ocupa, en particular, del uso de los baños. Los bizantinos, siguiendo las costumbres romanas, edificaron termas públicas. A partir del período medio bizantino se observa, sin embargo, una disminución notoria de éstas, y la proliferación de baños privados. El interés del uso de baños se aprecia por fuentes de distinta índole como son la arquitectura, la medicina y la literatura, que se complementan con una rica iconografía sobre el tema.

PALABRAS CLAVE: agua, termas, baños, higiene, sociedad.

ABSTRACT

«Baths in Byzantium: Architecture, medicine and literature». This paper will analyze the importance of water for the Byzantine world in general and will deal with the use of baths in particular. Following Roman architectural models, in the first centuries of the Byzantine period public baths (*thermae*) were constructed. In the Middle Byzantine period, however, one can perceive a significant decrease in the number of such public buildings as well as in the spreading of private baths. The interest in the use of baths in Byzantine times is reflected on sources of various kinds, such as architecture, medicine and literature, complemented by a rich iconography of the subject.

KEY WORDS: water, *thermae*, baths, hygiene, society.

Dice Pausanias (x, 4, 1) que para que una aglomeración pueda llamarse *ciudad*, debe tener edificios públicos, gimnasio, teatro, fuente, ágora (ἅ γε ὀνομάσαι τις πόλιν καὶ τούτους (Πανοπέας, πόλιν Φωκέων), οἷς γε οὐκ ἀρχεῖα, οὐ γυμνάσιόν ἐστιν, οὐκ ἀγορὰν ἔχουσι, οὐχ ὕδωρ κατερχόμενον ἐς κρήνην...»).

Procopio, por otro lado, en su obra *Περὶ κτισμάτων* (5, 4) considera que la existencia de baños públicos es característica de una ciudad grande y próspera. Estas dos opiniones, entre otras muchas, subrayan la importancia del agua en la vida humana, en general y en la vida de una sociedad reglada, en particular, capaz de ofrecer a sus miembros todos los medios para que puedan disfrutar de una existencia agradable y segura.

La naturaleza es, por supuesto, la que ofrece el elemento básico: el agua; pero es el hombre y, en nuestro caso, el hombre de la era bizantina, el que tiene que esforzarse para que esta agua satisfaga sus necesidades básicas, en primer lugar, y para que le sirva a continuación como elemento para la salud, el placer, la comunicación, etc. Por otro lado, gracias al papel primordial que juega el agua en la existencia de los seres vivos, el hombre eleva sus propiedades a la esfera de los símbolos y de los mitos. Así, fuentes, ríos, mares, desde la más lejana antigüedad hasta nuestros días, son signos de vida y de conocimiento.

De la fuente a los campos y de allí, a la ciudad, en los lugares públicos y en las casas, el hombre bizantino ha sabido domar el agua y aprovecharla construyendo puentes, molinos, acueductos, cisternas, baños, sistemas de abastecimiento y de alcantarillado, asegurando así una alta calidad de vida. Pero no hay que olvidar que el agua, gracias a sus propiedades vivificadoras, pasa a la esfera de la vida espiritual, convirtiéndose en un medio de purificación en los espacios de *ὁσγιασματα* («fuentes sagradas») y baptisterios.

En el gran Palacio de Constantinopla, en un mosaico en el que aparece la personificación de la Diosa-Fuente (fig. 1), con evidentes influencias de la tradición grecorromana, se representa todo el valor del agua con los signos de la fertilidad y de la vegetación que rodean al personaje central. Las propiedades vivificadoras de la fuente, el carácter fértil del paisaje que la rodea y la sensación de frescor que emite se cristalizan en la figura de una divinidad atrayente. Lo mismo se observa en la ilustración de un manuscrito del siglo VI (fig. 2). En esta ilustración bizantina, la personificación de la fuente está sentada con gracia en el bode de un canal que sale de un recipiente que sostiene entre sus manos.

En otro manuscrito del siglo IX (fig. 3), vemos a Moisés golpeando con su bastón una roca de la que brota un chorro de agua y a tres judíos que sacian su sed en él.

En cambio, en un manuscrito del siglo IX (fig. 4) de la Biblioteca Nacional de Grecia que contiene las homilías de Juan Crisóstomo, el agua se convierte en símbolo de vida espiritual. Juan Crisóstomo aparece con un ánfora de la que mana agua y con la cual sacia su sed un ciego, símbolo del alma, y dos hombres que se aprestan a saborear la sabiduría del santo.

Los ríos, en la era bizantina, eran, en su conjunto, otro elemento acuático crucial que adquiría una importancia de muy diferente índole: como elemento natural, el agua de los ríos ofrecía al hombre múltiples posibilidades de explotación. Además, para el bizantino, en cierto modo, desempeñaban el papel de frontera entre el mundo civilizado y los otros. El Éufrates, tal y como se representa en la *Novela de Alejandro*, es el límite (fig. 5). Más allá está lo desconocido, lo mítico, lo mágico. Y, por el norte, el Danubio era también otro límite. No obstante, por regla general, los ríos funcionaron más como puentes que como límites.

Por otro lado, con el cristianismo y el bautismo de Cristo en el Jordán (fig. 6), este río en concreto y el agua en general adquieren un carácter moral y religioso, y no es ésta la única vez que, en el cristianismo y en la vida de Jesús, aparece el agua. Cabe recordar el encuentro de Jesús con la Samaritana en el Evangelio de San Juan (4:14), cuando le habla de manera alegórica de sus enseñanzas (fig. 7); o en el

milagro de las bodas de Caná; o en el de la curación del ciego (fig. 8); o en el del parálitico (fig. 9). Y también San Pedro (Pedro I, 3:20-21), de manera simbólica, relaciona el sacramento del bautizo con la salvación de Noé del diluvio, mientras que San Pablo (Corintios I, 10:2), comenta que la travessía del Mar Rojo por los judíos presagia el bautismo (fig. 10). En ambos casos, el agua castigó a los pecadores salvando a los elegidos de Dios.

Así pues, no es difícil entender por qué los bizantinos imaginaban al país, punto de partida del hombre pero también final feliz de una vida virtuosa, como un jardín frondoso con cuatro ríos¹ (fig. 11). Dentro de las ciudades, el abastecimiento de agua, desde la antigüedad, era para los gobernantes uno de los cometidos principales. En Constantinopla, el acueducto llamado de Valente era una obra de importancia vital.

Cuando el agua llegaba a las ciudades, se almacenaba en cisternas subterráneas cerradas o abiertas. Hasta hoy en día, en Constantinopla, el visitante puede admirar la famosa «Κινστέρνα τῆς βασιλικῆς τοῦ Ἰλλοῦ» (fig. 12), una obra admirable que los turcos llaman *Yerebatan Seray* («palacio subterráneo»). Sus 336 columnas de 8 metros de altura están rematadas con capiteles corintios y otros restos de edificios más antiguos. Están alineadas en 12 filas de 28 columnas cada una. Hay numerosos textos de la legislación bizantina que demuestran la gran importancia de este tipo de obras. Existían también cisternas en el sótano de casas privadas en otras ciudades, como Mistras y Monemvasia en el Peloponeso (fig. 13). En la acrópolis de Mistras, el palacio del déspota tenía una de estas construcciones y, dentro de las murallas de Monemvasia, se conservan aún algunas semi-subterráneas.

La calidad de vida de los habitantes de una ciudad y el nivel de higiene no dependían sólo del agua existente. Otro parámetro muy importante era —como es siempre— el alcantarillado. Conocemos que estos sistemas existían desde la antigüedad en Grecia, pero fueron los romanos los que aseguraron, para los habitantes de una ciudad, una satisfactoria red de abastecimiento de agua y de alcantarillado.

En Bizancio, en el *Hexábiblos* del siglo XIV de Constantino Armenópulos, se recoge la legislación sobre todas estas cuestiones, más lo relativo a la edificación de cualquier casa, monasterios o edificios públicos. De ahí se desprende el interés del Estado para regular todas estas cuestiones tan importantes para una ciudad.

La utilización de baños responde, obviamente, en primer lugar, a la necesidad de higiene del hombre. En Pilos, podemos ver una bañera del palacio micénico que, sin lugar a dudas, constituye el más conocido y característico ejemplar de baño de los tiempos prehistóricos (fig. 14). En ciertos vasos de figuras negras del siglo VI a.C. aparecen individuos lavándose en las fuentes (fig. 15), ya que hasta el siglo no se pueden documentar los primeros edificios públicos, considerados como baños, adjuntos a los gimnasios. Aristóteles comenta la existencia de *πυριότηριο* («sala de sudoración»). Los baños privados se generalizan a partir del siglo IV y encontramos

¹ Véase *Περί υδάτων. Το νερό στο Βυζάντιο*. Υπουργείο Πολιτισμού, 2000.

muchos en Delos o en Olinto. Hacia finales del siglo II, aparece la primera sala con agua caliente suministrada por el sistema del hipocausto, en Olimpia.

Los testimonios arqueológicos nos permiten seguir la evolución ininterrompida de los baños hasta la época romana, cuando fueron sustituidos por las termas que llegaron a ser, no sólo lugar es para la higiene y relajación del cuerpo, sino también espacios destinados al encuentro y a la diversión. Las termas representan, en cierto modo, el *otium* romano, un elemento característico de su civilización. No es, pues, de extrañar que Luciano (s. II d.C.) dedique una de sus *Ekphraseis* al encomio de un baño y de su arquitecto en la obra titulada *Ἰππίας ἢ Βαλανεῖον*.

Tanto esta obra como otras nos ayudan además a tener una imagen clara sobre la decoración opulenta de las termas con mosaicos, esculturas, jardines, etc.

En suelo griego, Dion a los pies del Olimpo o Argos en el Peloponeso nos pueden servir como ejemplo (fig. 16). La arquitectura básica de las termas romanas que presentaba las tres partes indispensables (*caldarium*, *tepidarium* y *frigidarium*), y se completaba, también, con salas de esparcimiento y jardines, se aprecia también en estos baños (fig. 17), como en los de las grandes ciudades de Oriente, Antioquía y Alejandría, donde su funcionamiento continuó hasta el siglo VI o VII d.C. Hoy en día, las excavaciones de la Escuela Arqueológica francesa en suelo sirio están sacando a la luz interesantísimos restos de termas.

En Constantinopla, la *Notitia Urbis Constantinopolitanae*, una especie de descripción de la ciudad alrededor del 425 d.C., informa de que existían 9 grandes baños-termas y 153 más pequeños, parte de los cuales eran privados.

Los baños bizantinos, conservando la misma composición que los romanos y, en los primeros siglos, la misma riqueza artística, son, en principio, edificios abovedados para asegurarse, por un lado, contra los incendios y, por otro, para conservar el aire caliente en el interior. Desde el exterior, daban la impresión —sobre todo, los que tenían una cúpula— de que se trataba de templos bizantinos.

El calentamiento del agua y de las áreas calientes se conseguía, en los primeros siglos, mediante el sistema de los hipocaustos, como en los baños romanos. Sin embargo, más tarde, en baños privados, el sistema era más sencillo. Sobre este punto, es particularmente interesante la comunicación del arquitecto-arqueólogo griego P. Fundás², quien, en la famosa representación del manuscrito de Skylitzes sobre el asesinato de Romano III (fig. 18), descubrió que el sistema de calentar el agua o el espacio destinado al baño guardaba muchas semejanzas con los métodos actuales y, además, señaló la coincidencia existente con un fragmento referente al baño de la epopeya de Diyenís Acritas en la versión de Atenas.

La normativa para la construcción de un baño, sobre todo de los privados, aparece en la ya citada recopilación jurídica *Hexábiblos* de Armenópulos. Leemos, por ejemplo, en *Vasilika* 58, 2.13: «Al construir uno un baño en su propia casa no se le

²P. FUNDÁS, «Το Βυζαντινό ανακτορικό πυριατήριο (Γνώση και εφαρμογή των βασικών αρχών λειτουργίας του calorifer και του boiler)». *Ancient Greek Technology, 2nd International Conference*, Τεχνικό Επιμελητήριο Ελλάδας, 2006, pp. 527-534.

permite apoyar la chimenea (καπνοδόχον) en una paed medianera». En otro punto, se determina dónde se permite colocar la caldera según la orientación de la casa³.

En Grecia, actualmente, existen pocos baños bizantinos —la mayoría casi en ruinas—, aunque las excavaciones arqueológicas siguen descubriendo vestigios de ellos. El baño bizantino de Tesalónica (fig. 19), construido en distintas fases entre los siglos X y XIV, estuvo en funcionamiento hasta 1940. El del monasterio de Kaisariani se conserva bastante bien (fig. 20). Los de Esparta o del Monasterio de Nuestra Señora de la Fuente Vivificadora en Beocia, aunque estén en ruinas, ofrecen suficientes informaciones sobre su situación en épocas anteriores (fig. 21).

En todas las ciudades del Estado bizantino había bastantes baños públicos para la utilización de todos los habitantes, independientemente de su clase social, su profesión o su sexo, ya que, sin lugar a dudas, como hemos ya apuntado, constituían un elemento básico en el desarrollo de la vida cotidiana y uno de los servicios más importantes de las ciudades que aseguraban, de este modo, la higiene, la limpieza y, a la vez, las relaciones sociales y el bienestar de los ciudadanos. El uso de los baños públicos era casi gratuito y en principio, se encontraban en puntos céntricos de las ciudades.

En los primeros siglos cristianos, la basílica era el núcleo de un complejo conjunto de edificios entre los cuales se encontraban también los baños. Éstos eran o instalaciones nuevas o partes renovadas de antiguos baños que seguían atrayendo a la gente⁴.

Las relaciones entre las ceremonias cristianas y los baños se pueden seguir en la información que nos ofrece el historiador Sozomeno, en los primeros años del siglo IV, cuando los habitantes de Constantinopla, al enterarse de la decisión del emperador Arcadio de exiliar a San Juan Crisóstomo, se fueron de la iglesia y festejaron el Domingo de Resurrección en unos baños cercanos⁵.

Los baños paleocristianos y bizantinos conservan las tres áreas básicas de los romanos, es decir, el *tepidarium*, el *caldarium* y el *frigidarium*. Estos espacios eran habitualmente cuadrados y terminaban en los laterales por una especie de ábside. El edificio central disponía de una infraestructura destinada al calentamiento del agua, el hipocausto, y a los almacenes. Además, existía una sala de espera que conducía a los vestuarios. Los baños funcionaban —por lo menos hasta la era justiniana— todos los días y, a veces, incluso, los domingos. Sólo en caso de sequía severa, terremotos o guerras cerraban sus puertas.

Desde la época romana, utilizar los baños mixtos —para ambos sexos— estaba considerado inmoral. Sabemos que los emperadores Adriano, Marco Aurelio y

³ S.N. TROIANOS-C.G. PITSAKIS, *Φυσικό και δομημένο περιβάλλον στις βυζαντινές νομικές πηγές*, Ίδρυμα Γουλανδρή-Χορν, 1998, pp. 45, 48, 103.

⁴ A. MOUTZALI, «Η φροντίδα για την καθαριότητα του σώματος και τα λουτρά των Βυζαντινών». *Αρχαιολογία*, vol. 31(1989), pp. 23-27.

⁵ SOZOMENO, *Ἐκκλησιαστικὴ Ἱστορία*, 8, 21, 3. Ed. J. Bidez-G.C. Hansen (ed.), *στορία*, Berlín, 1960, p. 377.





Alejandro Severo proscribieron mediante leyes el uso de este tipo de baño . En la época cristiana, obviamente, se prohibieron de manera absoluta⁶.

La mayoría de los baños del primer período bizantino se separaban en dos recintos, llamados *gemelos*, para hombres y para mujeres. Tenían dos entradas diferentes, pero los hipocaustos eran comunes por razones económicas. Si no había posibilidad de hacer esta separación, resolvían el problema con la correspondiente división de horarios.

Durante el período mediobizantino, tanto las fuentes escritas, como los restos existentes de los edificios, ponen de manifiesto que los baños perdieron la importancia que habían tenido en épocas anteriores. La consecuencia fue que tanto el número como el tamaño de éstos disminuyeron considerablemente ya que al perder el papel social, sólo servían como lugar destinado a la higiene.

Entre los grandes baños de Constantinopla, en los primeros siglos bizantinos, el más famoso era el de Zeuxipo, al que nos referiremos más adelante. Por distintas fuentes sabemos que se siguieron construyendo este tipo de edificios hasta el año 600 d.C. Es verdad que la cristianización del Imperio Romano Oriental causó bastantes tensiones en la vida cotidiana. La nueva religión era contraria a ciertas prácticas de la antigüedad tardía como eran el teatro, el hipódromo o los baños públicos, que fueron considerados incompatibles con el prototipo cristiano. Se considera que la progresiva desaparición de estos últimos se debe tanto a la hostilidad por parte de la religión como al derrumbe de la vida urbana de la antigüedad durante la crisis del siglo VII. Sin embargo, en el caso de Constantinopla, hay que añadir una causa más: la destrucción de los conductos del llamado acueducto de Valente durante la incursión de los ávaros en el año 642. Este acueducto fue reconstruido 150 años más tarde, pero las costumbres ya habían cambiado. El último gran baño público lo construyó el emperador Teófilo en el siglo IX.

Así pues, durante esta época medio bizantina, la construcción de grandes baños decayó, aunque siguieron funcionando, en cierto modo y por poco tiempo más, los de época anterior como, por ejemplo, las llamadas termas *Constantinianae* que se mantuvieron en uso hasta el siglo VIII, época en la que las hermosas estatuas que lo decoraban desaparecieron, excepto aquel grupo de Perseo y Andrómeda que, en el siglo X, fue transportado al Gran Palacio. El gran baño de *Oikonomeion*, construido por Constantino el Grande según la atribución poco fiable mencionada en los *Patria*, de acuerdo con ciertas fuentes⁷ estuvo funcionando hasta el reinado de Nicéforo Focas (962-969) y fue demolido por Ioannis Tzimiskés (969-976). En cuanto al famosísimo baño de Zeuxipo, aún seguía en uso en el año 713, dado que el emperador se bañó allí, pero más adelante se transformó en cárcel.

En cambio, se siguieron construyendo baños para el uso del Palacio, de los nobles o privados, en general. El emperador Basilio I se encargó de renovar la capital

⁶ Véase P. IOANNOU, *Discipline générale antique (Ite-IXe s.)*. Roma, Grottaferrata, 1962.

⁷ C. MANGO, «Daily life in Byzantium». *JÖB*, vol. 31, núm. 1(1981), pp. 340-41; A. BERGER, *Das Bad in der Byzantinischen Zeit*. Munich, *MiscByzMonac* 27, 1982, pp. 153-54.

pero no construyó edificios de este tipo. La tradición de baños lujosos se limitó al ámbito del palacio y de las casas de los nobles. Construido por León VI el Sabio se describe como «la maravilla del Estado». Tendremos la ocasión de hablar de nuevo de este baño en la parte referente a la literatura.

Un punto muy curioso es conocer la frecuencia con la que los bizantinos solían bañarse. Había una diferencia entre seculares y religiosos. El número de baños que se permitía a los monjes estaba regulado por el *τυπικόν* de cada monasterio y variaba de uno a otro. En alguno se permitían cuatro baños al año o, incluso, sólo tres, las vísperas de Natividad, de Pascua y de Asunción. En otros sólo se permitía uno al mes. En el famoso monasterio de Pantocrator en Constantinopla, que había sido uno de los mejores centros hospitalarios y farmacéuticos de Bizancio, el *typikon* permitía que los monjes se bañaran dos veces al mes, y los pacientes del hospital contiguo, dos a la semana. Sin embargo, en caso de enfermedad se actuaba según la prescripción médica⁸.

Los monasterios, en general, el resto de los días (o sea, cuando los monjes no los utilizaban) acostumbraban a abrir los baños para el público a cambio de pago y, de este modo, aseguraban unos ingresos extras. Estos baños, dos veces por semana, los martes y los viernes, se destinaban sólo para el uso de las mujeres.

En una de las poesías llamadas *ptocoprodromiká*, en concreto la del monje Hilarión *Contra los abades*, leemos: «ese visita las termas cuatro veces cada mes y tú sólo de Pascua en Pascua ves el baño»⁹. En otro momento, se expresa la opinión de que para los monjes no era conveniente bañarse a menudo. Así los superiores les recuerdan: «Deja los baños frecuentes, frailes». Y él se queja: «una vez al año que se bañe por enfermedad». Aunque en los textos patrísticos, encontramos numerosos testimonios de los Padres de la Iglesia contra el uso de los baños, sin embargo, incluso en Juan Crisóstomo, se observa un cierto elogio de tal práctica. Por otro lado, se considera proverbial la contestación que dio el Patriarca Sisinio I cuando le preguntaron por qué iba dos veces al día a los baños y él contestó: «Brque no tengo tiempo para ir tres».

El estrecho parentesco entre baño e iglesia, en los tiempos mediobizantinos, se observa también en los llamados *Baños Sagrados* que estaban vinculados con fuentes milagrosas. Una de estas *Ζωοδόχος Πηγή* («Fuente Vivificadora») era la más famosa de Constantinopla y todavía tiene un papel importante no sólo para los cristianos de Estambul sino incluso para los musulmanes. El tipo de la imagen en mármol de la Virgen de la que manaba el agua, evolucionó hasta convertirse en el icono postbizantino de la Fuente Vivificadora, es decir, de la Virgen en el sitio más elevado de una *phiale* (fig. 22).

⁸P. GAUTIER, «Le Typikon du Christ Sauveur Pantocrator». *REB*, vol. 32 (1974), pp. 1-145.

⁹J.M. EGEA (ed.), *Versos del Gramático Señor Teodoro Pródromo el Pobre o poemas ptocoprodromicos*. Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, Granada, 2001, poema III, pp. 78-149.



El más famoso baño sagrado era el de Blajernas que describe Constantino Porfirogeneta en su libro *De Ceremoniis* y que fue destruido en 1070. Constantino Porfirogeneta describe el baño del emperador en este sitio y el protocolo que se debía seguir¹⁰. En el mismo libro, su autor se refiere también a otro baño no de tipo religioso pero sí ritual, el de la recién casada emperatriz en el tercer día de su boda¹¹.

En este punto hay que mencionar el cambio de un baño público a un lugar de agua sanadora milagrosa como fue, por ejemplo, el caso de un tal Antonio, patricio, en tiempos del emperador Miguel III (s. IX), que era propietario de una iglesia. Bajo esta iglesia decidió hacer un baño privado para «el descanso de su cuerpo» como refiere el Sinaxarion de Constantinopla. Pero, por influencia de las misas, se observaron ciertas curaciones. Corrió la voz y la gente pidió a Antonio a que una vez por semana permitiera el uso de su baño con fines curativos para todo el mundo. Éste es un ejemplo de cómo a un baño de uso privado, la sacralidad del lugar le confiere un carácter sacro y además lo convierte en público¹². En una miniatura del famoso manuscrito de Skylitzes del s. XII (que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid) se ve al emperador Miguel III delante de este baño milagroso.

En general, puede decirse que el agua en Bizancio, aparte de los baños por higiene y placer, y como acabamos de ver, como transmisora de la Divina Gracia y elemento sanador de enfermedades, se utilizó con fines medicinales con el empleo de aguas termales y aguas normales, tal como lo había aconsejado Hipócrates desde la antigüedad. Los médicos bizantinos siguieron las enseñanzas de la medicina grecorromana en la cual la curación por medio de las aguas era bastante corriente para un gran número de enfermedades. En este punto es interesante mencionar que gracias a la traducción de los escritos de los médicos bizantinos, las enseñanzas médicas grecolatinas, no sólo las que se refieren a las propiedades curativas del agua, sino a todas en general, fueron conocidas por los médicos sirios, árabes, judíos y persas. La medicina de estos pueblos, a continuación, contribuyó con sus propios avances al desarrollo de esta disciplina¹³.

El proceso de un baño era el siguiente: primero, en el área templada de los baños, untaban el cuerpo con aceite o con diversas sustancias aromáticas, para evitar la aparición de erupciones. A continuación entraban en el área caliente donde tenía lugar el proceso principal del baño. Después de haber sudado, se frotaban con una especie de guante de tela llamado τρίπτρον, después con esparto y, a continuación, se enjabonaban. En la bañera o en una especie de piscina se enjuagaban con agua caliente. La última fase del baño consistía en entrar en una piscina de agua fría. A continuación se secaban y se untaban con perfumes y se retiraban a las salas

¹⁰ A. VOGT (ed.), CONSTANTIN VII PORPHYROGÉNÈTE, *Le Livre des Cérémonies*. 1, 27, Les Belles Lettres, París, 1935-1939.

¹¹ *Ibidem*, II 22.

¹² G. ΚΑΛΟΦΟΝΟΣ, «Στη μεσοβυζαντινή Κωνσταντινούπολη», Τα λουτρά στην Αρχαιότητα και στο Βυζάντιο, Επτά Ημέρες/Καθημερινή, 13 Μαΐου, 2001, p. 24.

¹³ Véase: A. EUTYCHIADES, *Είσαγωγή εις την Βυζαντινήν Θεραπευτικήν*, 1983, Atenas.

de descanso (fig. 23), donde bebían líquidos tónicos y donde, a veces, incluso comían¹⁴.

En los tratados de alimentación mensuales de los bizantinos, unos escritos francamente curiosos, redactados por médicos o filósofos-médicos, se recomienda no sólo lo que se debe comer cada mes, sino incluso la frecuencia de los baños. En concreto, en el tratado atribuido a Herófilo, transmitido por numerosos manuscritos¹⁵, vemos que para enero y febrero se aconsejan cuatro baños y además se apunta con detalle todo el proceso de los mismos. Para marzo, seis. Para abril y mayo, ocho. Para junio y julio, también ocho, pero utilizando en cada caso distintos *cosméticos*. En agosto se vuelve a aconsejar cuatro. En septiembre y octubre, ocho. En noviembre, se dice que es preferible no bañarse « ἐν τούτῳ τῷ μηνὶ ἀρμόζει λοετρῶν ἀπέχεσθαι μὴδὲ χρῆσθαι » o a lo sumo, tomar sólo dos baños. En diciembre se vuelve a la cifra de ocho.

Miguel Pselo en *De re medica*, así como en una poesía sobre los baños¹⁶, elogia el uso del baño pero sin exageraciones. Veamos este último, «Del eruditísimo Pselo sobre Baños»:

El baño ofrece muchos regalos./El humor diluye, disuelve la densidad de la sangre;/Vacía el organismo de la bilis sobrante;/Limpia los humores, evita el picor;/Agudiza la vista;/Hace que la lengua sea más fácil en palabras;/Limpia los poros obstruidos de los oídos;/Conserva la memoria, aleja el olvido;/Trae alegría y consuelo;/Apacigua las conmociones portadoras de amargura;/Fortalece la mente para pensamientos rectos;/El cuerpo entero de limpieza hace resplandecer;/La belleza del alma más hace resplandecer./A los que utilizan los baños de manera piadosa/A causa de una penosa enfermedad del cuerpo./Bañarse, pues, piadosamente, como es debido./Sin exageraciones, sino como los monjes./Utilizando los baños como remedio./De esta manera Salomón encontró inteligentemente/Su propio consuelo y lo llevó/A los baños de los mortales que se bañaban antes de manera insensata.

El mismo, en una carta al patriarca Miguel Cerulario, agradeciéndole el envío de un pescado grande, le cuenta que, mientras le cocinan este pescado, él aprovechará para tomar un baño de sibarita (hay que observar que se aconsejaba tomar el baño antes de las comidas): «Primero, al llegar al baño, contemplaré su encanto y belleza, sus piscinas y ricos chorros de agua. Después, habiendo arrancado un rosal entero y separado los pétalos de los tallos y las flores de las hojas, los echaré en las aguas devolviendo la superficie blanca o carmesí. Y cuando haya lavado cuidadosamente mi cuerpo, entraré a la piscina y nadaré con placer»¹⁷.

¹⁴ F. ΚΟΥΚΟΥΛΗΣ, «Τὰ κατὰ τὸ λουτρόν», Βυζαντινῶν Βίος καὶ Πολιτισμὸς, vol. IV, 1951, Atenas, 73 *Collection de l'Institut Français d'Athènes*, pp. 449-457.

¹⁵ J.L. IDELER, *Physici et medici Graeci Minores*, vol. I, 2, Reims, Ámsterdam, 1963 (1ª ed. Ausgabe, 1841), pp. 409-417.

¹⁶ *Ibidem*, vol. II, p. 193.

¹⁷ C.N. SATHAS. *Bibliotheca Graeca Medii Aevi*, vol. V, p. 288.



La literatura constituye también una importante fuente de información sobre los baños. Epigramas, *ekphraseis*, novelas caballerescas, la epopeya de Dyonís Acritas, los poemas *ptocoprodromiká*, aparte de las crónicas bizantinas y los textos hagiográficos, todos nos sirven de testimonio para conocer la existencia y el uso de los mismos en Bizancio, así como la afición que por ellos sentían. En la Antología Palatina un gran número de epigramas se refieren a los baños. Veamos algunos:

Anónimo sobre un baño pequeño: «Como el mirto tiene hojas pequeñas pero perfumadas, así este baño es pequeño pero querido»; de Leoncio Escolástico sobre un pequeño baño vecino de aquel de Zeuxipo: «No te enfades Zeuxipo, con este baño que se erige al lado: la pequeña estrella llamada Erotylus brilla dulcemente al lado de la Osa Mayor»; del mismo autor, Leoncio Escolástico, sobre un baño al lado de los baños públicos de Constantinopla: «Un ciudadano me construyó ante las puertas de este baño público, por excelencia, no por competición. Éste sirve a muchos; yo a pocos y queridos ofrezco agua, perfumes y gracia»; de Pablo Silencioso para un baño *gemelo* donde se bañan hombres y mujeres: «Cerca está la esperanza del amor, pero uno no puede acercarse a las mujeres. Una pequeña puerta echa fuera a la gran Cypris. Pero incluso así es dulce, porque en los deseos del amor, la esperanza es más dulce que la realidad»; anónimo: «Extranjero, por qué apresurar el paso cuando es el agua que cura los dolores; esto es el baño de la alegría. Lava las preocupaciones, aligera el cansancio. Ha sido construido por Miguel, el prefecto del Palacio Imperial».

Sobre los famosos baños de Zeuxipo, a los que nos hemos referido anteriormente, construidos por Septimio Severo y decorados por Constantino, célebres por las estatuas que se encontraban en el interior, el poeta Cristóforo el Copto escribió una *Ekphrasis*. Estos baños fueron destruidos por un incendio en 532 durante la rebelión de *Nika* (contra Justiniano) pero fueron reconstruidos por el mismo emperador. El historiador Cedreno, del siglo XII, describe este hecho diciendo: «En el octavo año del reinado de Justiniano fue incendiado también el baño de Severo llamado Zeuxipo. En éste había una variedad de obras de arte de mármol, de piedra, de mosaicos, como tantas estatuas de bronce, obras hechas de antiguos. Todas llenas de su alma»¹⁸. Una pequeña parte de estos baños fue descubierta durante las excavaciones de 1927-28 (figs. 24 y 25). Referencias históricas a éstos aparecen también en Hesiquio (*Πάτρια Κωνσταντινιπόλεως*), en Pseudo-Codino (*Patria Constantinopoleos*), donde el autor cuenta que «Severo para la curación de su suegro Niger construyó dos baños, uno en la ciudad y cerca del Palacio, llamado Zeuxipo, y otro, fuera, llamado ahora Caminia, un baño grande y otro admirable».

Finalmente, en la *Cronografía* de Teófanos¹⁹, tenemos el último testimonio del funcionamiento de estos baños: «...Pareció bien al emperador Filípico el sábado de Pentecostés ir a caballo con su séquito a bañarse a los baños públicos de Zeuxipo...». Esto ocurría en el año 713.

¹⁸ *Historiarum Compendium*. Bonn, 1838, pp. 647-48.

¹⁹ *Chronicon*. 1963, Hildesheim, p. 383.

Con su «*Εκφρασις τῶν ἀγαλμάτων τῶν εἰς τὸ δημόσιον γυμνάσιον τὸ ἐπικαλούμενον τοῦ Ζευξίππου*»²⁰, Cristóforo, un poeta nacido en Egipto en el siglo V y establecido en Constantinopla, es la mejor fuente, por supuesto indirecta, de información sobre las estatuas que decoraban estos baños. Esta obra literaria es también fuente de información acerca de la conservación de las antiguas esculturas de Constantinopla, al tiempo que es un típico ejemplo del género retórico de la descripción de obras de arte. Esta *Ekphrasis* es básicamente una serie de epigramas de unos 416 versos hexámetros. El poeta describe estatuas que se pueden distinguir en tres categorías:

- 1) Estatuas de dioses y de semidioses.
- 2) Figuras mitológicas.
- 3) Retratos.

En total se trata de 81 estatuas. Por supuesto, la meta del autor no es hacer comentarios artísticos útiles para un historiador del arte, sino que quiere expresar sus pensamientos y sentimientos al contemplar estas obras, e, incluso, a veces, subraya cuán elocuente es la poesía frente al «bronceo silencio» (*χαλκείης σιωπῆς*) y señala la relación existente entre el arte visual y el arte verbal.

Aunque el interés del poeta se centra más en la identificación e interpretación de los personajes representados en cada caso, sin embargo, ofrece una valiosa fuente de información sobre las esculturas de los baños de Zeuxipo. Informa, por ejemplo, de qué material estaban hechas las esculturas, diciendo que de las 81, 16 eran claramente de bronce, mientras que en sus versos, por las metáforas, nos sugiere que otras seis podían serlo también. Incluso hay momentos en que el poema indica la tipología de la escultura. Por ejemplo, cuando se refiere (vv. 297-302) a una estatua de Hermes, especificando que la figura estaba de pie, con el torso girado hacia la derecha con el pie derecho levantado, atándose la sandalia, nos recuerda el prototipo del que existe una copia en el Museo del Louvre, conocido con el nombre de «Hermes atándose la sandalia». En otro momento (vv. 78-81), describiendo a Afrodita, nos hace pensar en la Venus de Arlés o en la Venus de Milo. En otros versos (vv. 292-296), describe a un joven Aquiles imberbe con una lanza en su mano derecha y un escudo a su izquierda. Por la postura de la figura a la que hace referencia se aprecia una similitud con el *Doriforo*, una estatua que había sido asociada con Aquiles desde la descripción que Plinio hace de las estatuas de jóvenes desnudos a los que llama «de tipo aquileo».

De los dioses y semidioses aparecen once, a saber: tres de Apolo, tres de Afrodita, una de Hermes, dos grupos, Posidón con Amimone y Heracles con Auge, más una figura de Hermafrodito. De las figuras mitológicas hay unas que pertenecen al ciclo tebano, como Amfiarao y su hijo Alcmeón. Otras, un total de 29, se refieren al ciclo troyano: Héleno, Andrómaca, Menelao, Helena, Hécuba, Ulises, Casandra, Paris, etc. En cuanto a los retratos, Cristóforo menciona 34. Los 33 son

²⁰ *The Greek Anthology* I. Londres, Heinemann, 1916, pp. 59-91.

figuras históricas, desde la época p̄homérica hasta el siglo II d.C.: poetas, filósofos, historiadores, hombres de Estado.

Cristódoro con su *Ekphrasis* consiguió que, de este modo, haya perdurado, aunque sea en unos versos, no sólo la colección artística de Zeuxipo, sino también el peso de la *paideia* que existía detrás de este discurso iconográfico en la decoración de un baño público²¹.

Otro baño que aparece en la literatura es el baño del emperador León VI el Sabio (886-912). Se trata de nuevo de una *Ekphrasis* de León Choïrosfactes en versos anacreónticos. Choïrosfactes había sido no sólo hombre de letras, sino también magistro, embajador y, además, pariente de la cuarta esposa del emperador de la dinastía macedonia, Leo VI.

POESÍA ANACREÓNTICA DE LEÓN MAGISTRO

SOBRE EL BAÑO CONSTRUIDO POR EL EMPERADOR LEÓN EN EL PALACIO IMPERIAL

Por toda la ciudad resuena música de instrumentos. ¿Por qué razón? Que alguien que conoce lo diga, que hable si sabe. El emperador León, en sus obras sobrepasó la imaginación de Dédalo. Tocaré la aguda lira en un vivo ritmo de danza. Jubilosos ciudadanos, venid a la vista, contemplad estos baños, tocad música de instrumentos. El edificio brilla como la bóveda del cielo. Alrededor veréis piedras doradas surgiendo en los extremos con estatuas también.

El que trajo la gloria por su inteligencia y sabiduría ahora termina su heroica y ardua labor.

Al ir hacia la puerta, una amplio vestíbulo os envolverá, donde brilla la gracia, la maravilla del arte de la escultura.

Mirando, contemplaréis las formas de venerables ancianos, la rabiosa furia y matanzas de las iracundas guerras. Desde los preciosos pasillos con columnatas, mirando la dorada cúpula llena de nichos, debéis proteger la vista de vuestros ojos para salvaguardarla.

Arroyos de agua caliente se vierten desde allí, puros y abundantes. ¡Oh ciudad!, que estés aquí conmigo. Mira con atención la imagen del señor de la tierra en un nicho luciendo un aspecto rosáceo y llevando una espada en sus manos. Desde allí, la emperatriz, a su vez, esparce la belleza de los pétalos con su dulce rostro de aspecto rosado. Las palabras no pueden describir la belleza. ¡Oh hermana! ¿Quién te ha pintado y te ha puesto a ser contemplada con unas ramas lujuriantes?

Después de esta escena pintó las formas de los ríos con rostros feroces y escribió encomios métricos. ¡Oh, jóvenes: escribid divinas doctrinas, precipitad lluvias de divinas bocas!

Veréis la pesca de peces con caña, con redes, con pinchos. En cada isla contemplaréis una deliciosa mesa. Otra extraña y deliciosa maravilla es aquella de las bellezas que las corrientes de los manantiales adquieren en sus formas llenas de gracia de jóvenes muchachas.

²¹ S. G. UBERTI BASSETT, «Sculpture and tradition in the baths of Zeuxippos». *American Journal of Archaeology*, vol. 100 (1996), pp. 491-506, y M.A. ELVIRA, «La escultura clásica en los epigramas bizantinos de la Antología». *Erytheia*, vol. 4 (1986), pp. 31-38.

El ruido de la puerta con un dispositivo arcaico emite una canción musical. La canción dice: ¡Gloria al Basileus, rey de los soberanos!

A los pies del Señor, entre una fronda verde, se baña un pájaro trinando cantos líricos. Rechazad el murmullo de falsas palabras. León tiene ahora acumulada toda la elocuencia retórica. La corriente de innumerables aguas envía de antemano la melodía de instrumentos, imperceptiblemente, sin músicos, trenza la alabanza del emperador. La serpiente se acerca sigilosamente en su sabiduría, el león rugie fuertemente. La grulla de color de zafiro place el oído con su grito. Entonces un alto y joven árbol lleva una melodiosa cosecha haciendo tintinear con gracia entre doradas hojas.

Del centro, en un octógono, brilla una ardiente corriente de aguas, un cuidado no pequeño para el enfermo.

Deja que el eje giratorio del cielo se alegre, que León perciba inalterable los hilos de los portadores de la luz.

¡Oh amigos! es un terrible espectáculo. El aliento del grifo proyecta una llamarada aterrorizando la naturaleza mortal de los que están presentes.

La múltiple belleza del baño tiene la gracia de la curación, aleja la enfermedad de los hombres y garantiza la fuerza.

La vitalidad de los miembros, gracias a las calientes y líquidas gotas, encontró de nuevo su vigor y permanece joven para muchos años.

El guardián de la retórica se ha sobrepasado a sí mismo, oh falsificadores de palabras carentes de arte.

El poeta, seguramente, escribió esta *ekphrasis* para ser cantada en la inauguración del edificio que describe. Aunque esta hipótesis no se puede probar de manera segura, sin embargo, indicios internos inclinan a favor de esta interpretación. El edificio, según la poesía, estaba compuesto de dos áreas, como mínimo: un vestíbulo o pórtico y una cámara, la pieza central, que contenía una piscina de agua caliente. Esta cámara tenía una estructura octogonal con cúpula y ocho nichos, estructura que recuerda el tipo de los baptisterios.

Choirosfactes nos cuenta en su poesía que este magnífico edificio estaba adornado con piedras doradas y con estatuas. La descripción de la decoración figurativa que es, en realidad, el objeto principal del poeta, a la vez que el elogio de la sabiduría y el poder del emperador, se refiere a las estatuas pero, sobre todo, a la representación de una serie de temas: el emperador teniendo una espada (vv. 33-36), la emperatriz esparciendo pétalos de flor (vv. 37-44), dioses de los ríos (vv. 45-47), encomios métricos (48), escenas acuáticas sobre la pesca (51-52), banquetes con pescados (53-54), la personificación del manantial (55-58), un niseñor en los pies del emperador, una serpiente (dragón), un león, una grulla, un árbol lleno de frutas o pájaros (77-80) y un grifo echando llamas por la boca.

Aunque el poeta subraya sólo la impresión que causa al espectador la decoración, un análisis más profundo nos demuestra que, detrás de todo esto, existe un mensaje claro y un potente simbolismo. La descripción puede dar la impresión de paganismo, pero, teniendo en cuenta las escrituras sagradas, surge una interpretación que permite, por ejemplo, identificar los dioses-ríos con los cuatro ríos del paraíso, o también (y se diría sobre todo) con los cuatro evangelistas como fuentes de las enseñanzas divinas. El ciclo acuático con la pesca nos remite, sin duda, a los



apóstoles que eran pescadores. La presencia del pájaro, el león, la serpiente, la grulla, el árbol y el grifo también nos pueden responder a ciertos simbolismos: el pájaro, símbolo de la elocuencia retórica que poseía León VI. El león, aparte de un emblema del propio nombre del emperador, es símbolo de la valentía, la serpiente de la sabiduría (el emperador tenía el apelativo *desabio*), la grulla, según Aristóteles, se caracteriza por su poder organizador y, por consiguiente, podría ser de gran interés este simbolismo para un emperador. El árbol es símbolo cristiano como árbol de conocimiento y de vida. El grifo mitológico simboliza la elevación hacia la luz.

Cuando León Choir osfactes describe este baño, en primer lugar, subraya sin lugar a dudas, un contexto histórico y cultural. Pero, sobre todo, esta obra quiere exaltar la autoridad imperial y la sabiduría de León VI²².

El siguiente texto que habla de los baños es la epopeya de *Diyenís Acritis*. En la versión del manuscrito de Atenas (anteriormente llamada de Andros) se encuentra la descripción de un jardín maravilloso que nos recuerda perfectamente mosaicos o pinturas bizantinas (figs. 26 y 27). El rey ordena edificar en un lugar de ensueño un palacio para su hija única, a fin de protegerla de los amoríos y le construye algo especial, una especie de cárcel de oro (vv. 98-121):

Hizo un jardín interior que, si lo ves, se quedará tu mente maravillada. Puso un estanque y, alrededor, hechos de plata, puso pavos reales, perdices, grullas, papagayos, cisnes y tórtolas. Del estanque subía, mediante un mecanismo, agua y cada pájaro cantaba con su propia manera. En un sitio trinaban también los pájaros vivos, junto a los mecánicos. Dentro del estanque había doce islas, cada cual plantada de árboles variados.

En medio del vergel construyeron un baño y la maquinaria de este baño es digna de admiración. Hicieron la bañera enteramente de bronce y fuera construyeron la caldera. Dispusieron una cañería grande de bronce que llegaba dentro del baño desde la caldera. El calor subía por la cañería y el agua bullía caliente en la pila²³.

(Este último párrafo es precisamente el fragmento que hemos comentado en relación con la manera de calentar el agua.)

En la *Aquileida*, un poema anónimo bizantino del siglo XIII, encontramos una clara similitud con *Diyenís Acritis* en cuanto a la descripción del jardín y del baño. En los vv. 710-738, está la descripción del jardín:

¿Quién podría describir el jardín con todo detalle? Tenía árboles magníficos, muy agradables y hermosos. Había rosas y flores variadas. Había una fuente amorosa, que baja por el jardín desde un estanque agradable y lleno, muy hermoso; el estan-

²²P. MAGDALINO, «The Bath of Leo the Wise and the ‘Macedonian Renaissance’ revisited: Topography, iconography, ceremonial, ideology». *Dumbarton Oaks Papers*, vol. 42 (1988), pp. 97-118.

²³J. ALONSO ALDAMA, *Diyenís Acritis. Manuscrito de Atenas, edición crítica (y sinóptica con la versión T, estudio lingüístico, métrico y comentario)*. Tesis leída en UPV, en prensa.

que regaba los árboles y las plantas. ¿Quién podría describir el esplendor del estanque? La piedra era resplandeciente, bien trabajada, alrededor había leones y leopardos, y otras estatuas muy agradables trabajadas; de todas fluía el agua del estanque, unas de la boca, otras del pecho, otras de la cabeza y otras de los oídos²⁴.

Y sigue contando la existencia de pájaros artificiales —como en Diyenis— que por medio de un mecanismo cantan (hay que mencionar que este tipo de autómatas existían también en el palacio imperial de Constantinopla). En el v. 775 empieza la narración del baño:

Construyó también un baño agradable y hermoso de manera que la muchacha se bañara allí cuanto quisiera. Hizo la cúpula con mármol rojo y dorado, con zafiros, sardónica y esmeraldas hermosas. Cuando lo preparó y lo decoró, encendían la caldera con madera de aloe y en agua de rosas se bañaba la muchacha. Por donde salía el agua caliente y admirable había un magnífico y bello animal antropomórfico que, si lo vieras, dirías que era, sin falta, boca de un hombre vivo que proporcionaba el agua caliente y se bañaba la muchacha²⁵.

En las novelas de amor bizantinas, el tema del baño es bastante habitual como descripción o como lugar de escenas llenas de erotismo (por ejemplo, en la obra *Ysmine e Ysmínias* de Macrembolites)²⁶. En una de las novelas de amor, las escritas después de la caída de Constantinopla en manos de los cruzados en 1204, en la titulada *Calímaco y Crisorroé*, tenemos tal vez la más brillante *ekphrasis* de baño. Éste es el texto, en traducción del profesor Carlos García Gual:

Dentro de aquel hermoso jardín y entre el bosque encontrábase un muy deleitoso baño, todo él seductor, extraordinario, maravilloso, colmado de atractivos.

¿Qué diré lo primero del baño? ¿Qué empezaré por describir: su amplitud, su brillo, la gracia de su forma, su luminosa transparencia o lo maravilloso de la vegetación que lo rodeaba? Porque alrededor de la superficie del estanque se desplegaba un florido tapiz de hojas y plantas, de un perfume extraordinario.

A tal efecto el constructor del baño le había adosado con increíble habilidad unas ventanas con celosía y apenas se entreabrían artísticamente estas ventanas, cuando se asomaba al interior el follaje de los perfumados arbustos.

En lugar de las lujosas placas de mármol el baño tenía un revestimiento de espejos armoniosamente ajustados. Y mediante otro artístico dispositivo, también prodigioso, el vaho espeso y nebuloso del baño caldeado no empañaba de ninguna manera aquellos espejos ni deslucía el fulgor de aquellas piedras. En efecto, el material de aquellos espejos rechazaba cualquier mácula y el vapor no empañaba la gracia de los rubíes.

²⁴ J.A. MORENO JURADO (ed.), *Aquileida*. Traducción, introducción y notas del editor, Madrid, Ediciones Clásicas, 1994.

²⁵ *Ibidem*, p. 71.

²⁶ P. AGAPITÓS, «*Στη βυζαντινή λογοτεχνία*», Τα λουτρά στην Αρχαιότητα και το Βυζάντιο, Επτά ημέρες Καθημερινή, *op. cit.*

De modo que, al asomarse a la puerta del baño, mirabas los espejos y veías el estanque, el follaje de los árboles, las frutas y todo el bosquecillo se te aparecía sumergido en el estanque.

La cúpula era de oro con piedras preciosas. Además, el artista había moldeado un árbol áureo y en lugar de frutos le había colgado piedras preciosas.

Descripción de la cornisa:

La cornisa del estanque tenía forjada una extraña lacería. Admiro las manos de aquellos artistas y la espléndida calidad de su oro, cómo tal oro fue moldeado para formar una viña con sus retorcidos zarcillos, y hasta qué punto se había dejado vencer por las manos de los artistas.

Si por breve tiempo lograbas apartar la mirada de allí descubrirías pronto otro prodigio, otra gran maravilla.

El baño estaba lleno de agua de rosas, que parecían formar olas, burbujear y humear un vaho misterioso, capaz de estremecer el corazón. Por la boca dorada de una cabeza de forma humana se derramaba allí el agua de rosas, prodigiosamente. Si lo hubieras visto, seguro que habrías afirmado que era la boca de un ser vivo, ¡con tanta habilidad y maestría el orificio había dado al oro la figura de una cabeza humana!

Descripción de las puertas:

Las puertas del baño, a su vez, tenían un aspecto magnífico, abigarrado y extraño. Eran de madera vetada de las Indias y de la zona de Arabia y en esta madera habían incrustado trozos de almizcle. El corazón es muy sensible a tales encantos.

Descripción de la cortina del baño:

A su vez, en la puerta del baño se veía colgada una cortina que estaba de acuerdo con el estanque. Pues tal cortina era precisamente de flores, de lirios y de rosas. Era imposible dejar de admirar lo prodigioso de su factura²⁷.

Nos hemos referido ya a una de las cuatro poesías *ptocoprodrómikas*, poemas en lengua popular bizantina del siglo XII atribuidos a Teodoro Pródromo. Las referencias al baño, fuera de lo que hemos visto ya con las quejas del joven novicio, aparecen en el IV poema y marcan la diferencia social entre la persona que puede ir a los baños y la que no.

El narrador cuenta que su padre, para animarle a estudiar y así poder cambiar de *status*, le ponía como ejemplo a alguien que, gracias a sus estudios, progresó: «Ése, de chico nunca del baño vio el umbral, y ahora se balnea tres veces por semana» (sin embargo, la realidad obliga al poeta, al final de la misma poesía, maldecir a las letras y a los que las aman...). De este modo, no es de extrañar el lujo del palacio de Teodoro Metoquita, erudito, primer ministro y amigo del emperador Andrónico II (en el siglo XIV). Su palacio había sido una de las maravillas de Constantinopla. Para el visitante actual de Constantinopla, al visitar el maravilloso monasterio de Chora (el *Kariyé Djami*, como lo llaman ahora los turcos), obra suya, pueden ver su retrato ofreciendo el monasterio a Cristo (fig. 28). La forzosa abdicación de Andró-

²⁷ *Calímaco y Grisóroo*. Introducción, traducción y notas de C. García Gual, Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 54-56.

nico II a favor de su nieto, arrastró también a Metoquita a la catástrofe. Su palacio fue presa del pillaje, sus bienes confiscados y él exilado. Una vez de regreso de nuevo a Constantinopla, se encerró en su monasterio de Chora, donde murió. Allí escribió, entre otras cosas, una descripción en verso de su antiguo palacio y de sus bienes perdidos. Relativo al agua, son curiosos los detalles que nos ofrece su texto sobre el dispositivo para conservar el fresco en su palacio. Tenía debajo del suelo de las habitaciones conductos especiales de agua para conseguir este efecto. Otros conductos llevaban al palacio el agua necesaria para el uso doméstico y otros alimentaban una piscina. De esta última, salían otras canalizaciones para el riego de sus jardines. Además, al exterior de su palacio había instalado fuentes para el libre uso de los paseantes. Evidentemente, este palacio era algo especial. Así, con orgullo y con pena también porque ya no existe, termina diciendo: «Así era mi palacio. Todas estas bellezas lo hacían distinguirse de los demás y lo convertían en único en la Reina de las Ciudades»²⁸.

Finalmente, como simple curiosidad, vale la pena mencionar un diálogo de un glosario latino-griego. El diálogo se refiere a toda una serie de costumbres relativas a los baños, como enviar antes a un sirviente con todo lo necesario y para reservar el turno y, en general, a todo lo concerniente con el ritual. Seguramente, el diálogo indica el interés y lo habitual que era el uso de estas prácticas²⁹.

En este itinerario por lugares y textos, hemos tratado de ver cómo el agua, símbolo de vida, de salud y de cultura, tuvo un papel primordial en la cotidianidad de la era bizantina. El uso del agua en Bizancio se presenta bajo un triple aspecto: para la higiene, como medio terapéutico y finalmente como elemento a través del cual se transmitía la Divina Gracia y se conseguía la curación. Los baños, en concreto, habían sido no sólo un medio de pervivencia sino también una manera de relajación, y esto, a pesar de la crítica de los Padres de la Iglesia. Además, las propiedades curativas, que los famosos médicos bizantinos habían subrayado en sus obras, hacían todavía más indispensable la existencia y el uso de aquéllos.

Por esta razón, derecho, historia, arquitectura, tecnología, medicina, literatura, todas las disciplinas de la época se han preocupado para que esta estrecha relación del hombre bizantino con el agua fuese de mayor eficacia y utilidad.

²⁸ R. GUILLAND, «Le palais de Théodore Métochite». *Revue des Études Grecques*, vol. 35 (1922), pp. 82-95.

²⁹ Glosaría 111 651: Κατάγετε εἰς τὸ βαλανεῖον, ζύστρον προσωπίδιον, ποδεκμάγιον, λήκυθον, ἀφρόνιτρον. Προάγετε, λάβετε τὸν τόπον. Ποῦ κελεύεις; ἐς τὸ δημόσιον ἢ ἐν τῷ ἰδιωτικῷ; etc., en A. BERGER, *Das Bad in der byzantinischen Zeit*, Institut für Byzantinistik und neugriechische Philologie der Universität München, Munich, 1982, pp. 121-22.



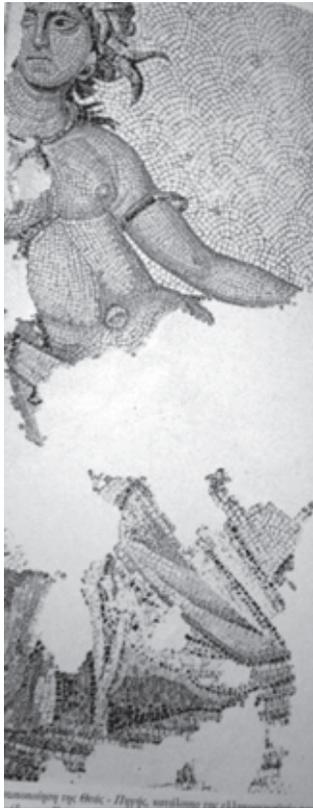


Figura 1. Diosa-Fuente. Mosaico del siglo VI. Procedente del Gran Palacio. Constantinopla.



Figura 2. Génesis. Manuscrito del siglo VI. Biblioteca Nacional de Viena.



Figura 3. *Psalterion*. Manuscrito del siglo IX. Monte Athos.



Figura 4. *Homilias de Juan Crisóstomo*. Manuscrito del siglo IX. Biblioteca Nacional de Grecia. Atenas.

Figura 5. *La novela de Alejandro*.
Manuscrito del siglo XIV.
Códice 5, G 1252 y G 682.
Instituto Griego de Venecia.



Figura 6. Bautismo de Cristo.
Mosaico del siglo XI.
Monasterio de San Lucas.

Figura 7. Cristo con la
Samaritana. Fresco del siglo
XIV. San Nicolás Orfanós.
Tesalónica.





Figura 8. La curación del ciego.
Manuscrito del siglo XIII. Monte Athos.



Figura 9. La piscina de Betesda.
Manuscrito del siglo XI.
Monte Athos.



Figura 10. La travesía del Mar Rojo.
Manuscrito del siglo X. Biblioteca
Nacional de París.

Figura 11. El Paraíso con sus cuatro ríos.
Adán y Eva en el Paraíso y su salida del
mismo. Manuscrito del siglo XII.
Biblioteca Vaticana.



Figura 12. Cisternas. Siglo VI.
Constantinopl.

Figura 13. Plano de una casa señorial
en Mistrás (casa de Frangópulos),
en cuyo sótano había una cisterna.
Αρχαιολογία 2 (1982) p. 41.

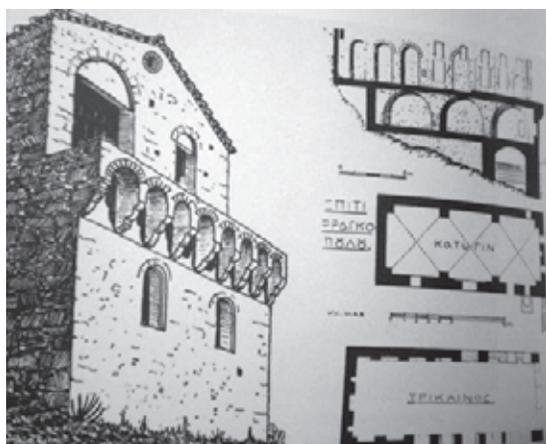




Figura 14. Bañera del Palacio micénico de Pilos.

Figura 15. Ánfora de figuras negras del siglo VI representando a jóvenes que se lavan en una fuente. Leiden, Museo Nacional de la Antigüedad.

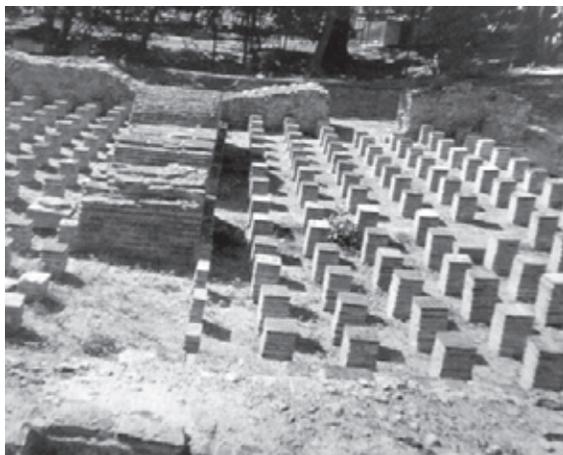


Figura 16. Hipocausto de las termas romanas de Dion.

Figura 17. Planta de las termas de Dion.

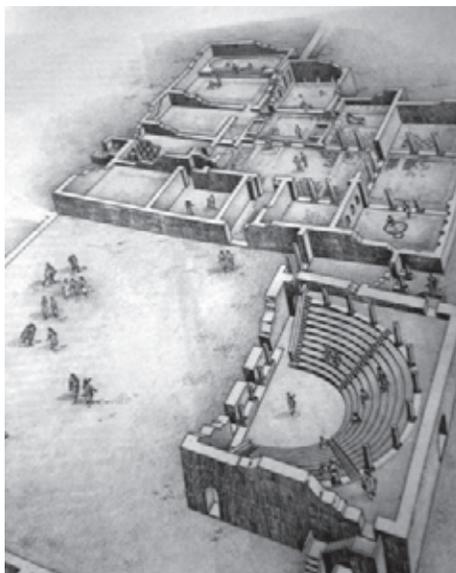


Figura 18. Manuscrito de Skylitzes. Asesinato del emperador Romano III en el baño imperial. Madrid, Biblioteca Nacional.

Figura 19. Baño bizantino del siglo XIII. Tesalónica.





Figura 20. Baños del Monasterio de Kaisariani, a los pies del monte Himeto. Atenas.

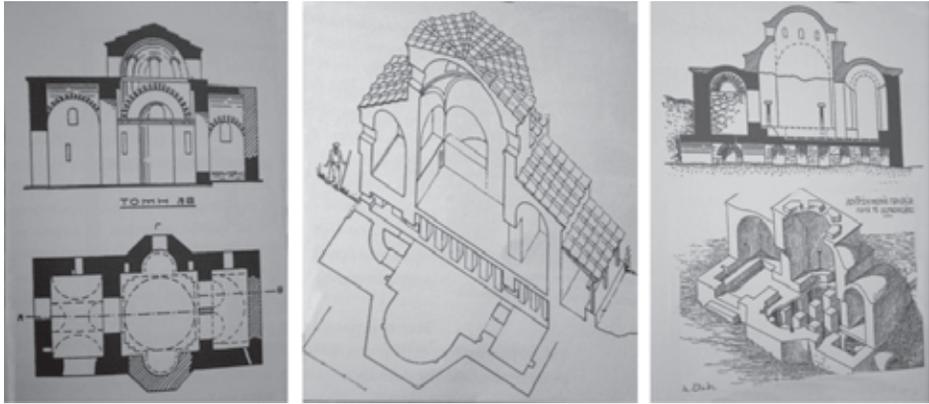


Figura 21. Plano: Monasterio de Kaisariani (Atenas); Baño bizantino de Esparta (1100-1260 d.C.); Baño del siglo XI del monasterio de Nuestra Señora de la Fuente Vivificadora, en Beocia. (A.K. Ορλάνδος, Μοναστηριακή αρχιτεκτονική, Atenas 1958)



Figura 22. Icono del siglo XVII, de Corfú, que representa las aguas sagradas del Monasterio de la Fuente Vivificadora de Constantinopla.

Figura 23. Personificación del mes de agosto, descansando y bebiendo después del baño. Manuscrito del siglo XIV. Monte Athos.

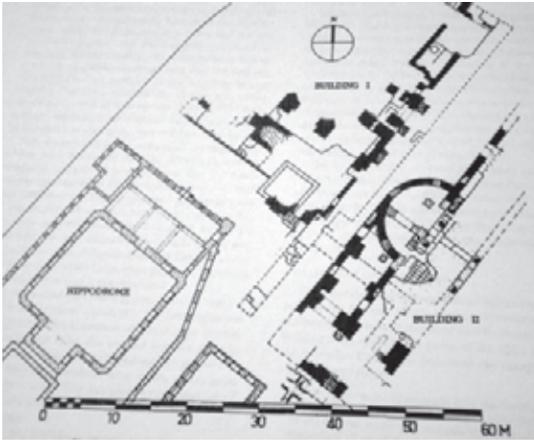


Figura 24. Plano de los baños de Zeuxipo. Según W. Müller-Wiener.

Figura 25. Base de escultura procedente de las termas de Zeuxipo. Museo Arqueológico de Estambul.

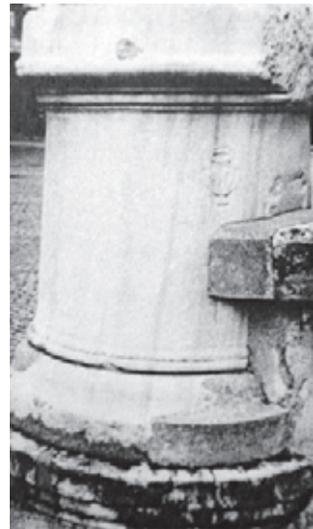




Figura 26. Detalle de un mosaico del Monasterio de Dafní. Siglo XII.

Figura 27. Mosaico del siglo XIV del Monasterio de Chora. Constantinopla.



Figura 28. *Nártex* del Monasterio de Chora en Constantinopla. Teodoro Metochita ofrece la Iglesia a Cristo.